

EPISTOLARIO DE FELIPE ÁNGELES

LAS ACTIVIDADES DE ÁNGELES EN ESTADOS UNIDOS
Los proyectos de los anticarrancistas que residían en Nueva York,
contados en estas otras cartas al Sr. Maytorena

CAPÍTULO IV

A pesar del pesimismo de la carta fechada el 16 de noviembre, casi un mes después el general Felipe Ángeles suscribió una invitación firmada por Llorente y Miguel Díaz Lombardo, dirigida a don José María Maytorena.

La aparición de numerosas partidas revolucionarias en diferentes lugares de México; el descontento que se decía reinaba en la mayor parte del país contra el régimen presidido por don Venustiano Carranza; la solución pacífica del conflicto entre México y los Estados Unidos que había estado a punto de culminar en una guerra como consecuencia de la expedición punitiva; la

El convencionismo

constitución de un grupo conspirador en plena capital de la república y en el que tomaban parte numerosos elementos villistas que estaban dispuestos a regresar a los campos de batalla y, finalmente, la tenaz lucha del general Francisco Villa, que continuaba llevando a cabo una enérgica y sorprendente guerra de guerrillas, llenó de ilusiones a los exiliados políticos en el territorio americano, y entre ellos al general Ángeles.

Los revolucionarios residentes en Nueva York creyeron que había llegado el momento de tomar un acuerdo definitivo para reiniciar el anhelado movimiento armado, y con este motivo enviaron al señor Maytorena la siguiente invitación:

Dic. 11, 1916

Nueva York

Sr. D. José Ma. Maytorena

Los Ángeles, Calif.

Muy estimado amigo nuestro y distinguido correligionario:

El mensaje que dirigió Ud. un día de estos a uno de los suscritos diciéndole que ya no le escribiera, nos ha hecho suponer que Ud. viene a ésta, y como es natural, nos ha llenado de satisfacción, tanto por el placer que tendremos de ver entre nosotros a tan excelente amigo, como por la importancia de su venida que conceptuamos absolutamente indispensable en los actuales momentos; pero, por si la realidad no respondiere a nuestra suposición, y no queriendo dejar pasar ya más días, pues así lo exigen las circunstancias, acordamos dirigirle la presente para suplicarle, como lo hacemos con todo encarecimiento, que sirva honrarnos con su presencia a la mayor brevedad posible, en la inteligencia que inferimos esa molestia porque no dudamos de que tratándose como se trata de nuestra afligida Patria, hará cualquier sacrificio, y porque no sería conveniente que nosotros fuésemos a esa sin razón de motivos que a Ud. no pueden escaparse.

Le agradecemos anunciarnos su salida con un telegrama al Gral. Ángeles, o a quien guste de nosotros, diciendo: "Miércoles escribí encargándole diccionario y suplicóselo nuevamente por urgirme mucho". La palabra miércoles, o la de otro cualquier día de la semana nos dará a entender que ese día va Ud. a salir para ésta. (El próximo, se entiende, en la fecha del telegrama.)

Si andamos diligentes en aprovechar las circunstancias propicias de momento, todo se habrá salvado. Por eso estimamos de toda urgencia su venida pronta y

José C. Valadés

le reiteramos nuestra súplica abrigando la esperanza que Ud. tan pronto como hablemos, se congratulará de habernos atendido.

Anticipándole un estrecho abrazo y saludo nos repetimos sus afmos. amigos y attos. s. s.

Felipe Ángeles, Enrique G. Llorente, Miguel Díaz Lombardo

MAYTORENA EN NUEVA YORK

La invitación, firmada por Llorente, Díaz Lombardo y Ángeles, hizo que José María se marchara a Nueva York. Cuando el ex gobernador de Sonora llegó a la ciudad imperial, los revolucionarios se encontraban en plena actividad.

Díaz Lombardo puso al corriente al señor Maytorena de los planes para el futuro. Según el licenciado, el gobierno de Carranza se encontraba sumamente debilitado nacional e internacionalmente, y el momento no podía ser más propicio para emprender una ofensiva, contando con la cooperación de todos los grupos descontentos que se encontraban operando en México.

De nuevo volvieron a reunirse los exiliados políticos, empezando las discusiones en torno de las proposiciones de Díaz Lombardo. El licenciado propuso, en esencia, la formación de una unión revolucionaria en la que tendrían cabida todos los elementos enemigos del gobierno carrancista, excepción hecha de los que habían participado directa o indirectamente en la Ciudadela.

Los amigos de Díaz Lombardo apoyaban ardientemente esta proposición, agregando la necesidad de que inmediatamente partieran el general Ángeles y don José María Maytorena a territorio mexicano, para ponerse al frente del movimiento revolucionario, obrando, por supuesto, de acuerdo con el general Villa. Además, se expresó la necesidad de expedir desde luego un plan definitivo, que sirviera de bandera a los revolucionarios. El plan contendría, en primer lugar, un cambio total de la situación mexicana y la reprobación a la nueva constitución que estaba siendo elaborada en la ciudad de Querétaro.

DOS CONDICIONES

Tanto Ángeles como Maytorena contestaron que estaban dispuestos a marchar a territorio mexicano siempre y cuando fueran conquistadas previamente

El convencionismo

dos ventajas: el disimulo del gobierno de la Casa Blanca a fin de poder organizar en toda regla una expedición que entrara a México por la frontera norte, y que se contara con suficiente dinero hasta que los rebeldes obtuvieran los primeros triunfos.

A las proposiciones de Maytorena y Ángeles, Díaz Lombardo respondió afirmando que el primer paso era entrar a territorio mexicano, y que el segundo y el tercero serían obtener las ventajas pedidas por los dos amigos.

—Señores —dijo Maytorena—, *por mi parte no tengo inconveniente en marchar hoy mismo a México, siempre que nos vayamos todos, porque no es justo que algunos amigos traten de echar el trompo desde aquí, para que el trompo baile en México, mientras que el que lo arroja se queda en Nueva York con la cuerda en la mano.*

Las palabras de José María estuvieron a punto de señalar el fin de la junta, pero nuevos esfuerzos fueron realizados con éxito a fin de que no se tomara una resolución definitiva en el caso, sino hasta que el movimiento se formalizara, quedando comisionados los directores de la junta para empezar una activísima propaganda para obtener no sólo recursos, sino también las seguridades de que todos los grupos rebeldes que operaban en México, incluyendo el capitaneado por el general Villa, cooperarían con el nuevo movimiento armado.

A mediados de febrero, el señor Maytorena tuvo que salir de Nueva York con destino a Los Ángeles, en donde su señora madre se encontraba gravemente enferma.

Los trabajos de los revolucionarios continuaron desarrollándose en toda actividad, como podrá apreciarse en la carta que sigue, en la cual también podrá descubrirse el pesimismo que asaltaba nuevamente al general Ángeles. Dice la carta:

619 W. 114 th St, New York
Febrero 26 de 1917

Señor General Don José Ma. Maytorena
2527 S. Grand Ave.
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Comprendo muy bien su gran pena por la muerte de la señora su mamá, las ocupaciones sociales consiguientes y las dificultades que habrá para el arreglo

de los asuntos concernientes a la testamentaria. ¡Cuando Dios da, es a manos llenas! Ahora lo que le recomiendo es mucha filosofía optimística, dentro de sensatos límites.

Como Ud. sabe, nuestros amigos políticos tienen esa filosofía un poco más allá de lo sensato, y de allí viene que don Leopoldo [Hurtado] afirme que ya se cuenta con el desafiado disimulo, y hay quien crea que también puede contarse con el otro *desideratum*. Sin embargo, nunca se les puede decir que tienen mal criterio, porque a la larga, cuando el tiempo aprueba la falsedad de sus afirmaciones, les dicen a Ud. con un aplomo desconcertante que ellos nunca creyeron en esas afirmaciones, pero que las hacían sólo para levantar el ánimo muy caído de sus interlocutores, o porque en política no se debe decir la verdad.

El bueno de don Leopoldo cree que yo tengo a Ud. bien enterado “de todo lo que se ha hecho” y se ha de extrañar que yo no le haya informado de nada. Yo conjeturo que lo que se ha hecho es escribir muchas cartas pintando a Carranza muy débil y nosotros muy fuertes, porque tiene su imaginación lentes biconvexas que invierten las imágenes y las aumentan, convirtiendo sus ideas en pensamientos hueguescos, de transformar una hierbecita en un árbol gigantesco, y un terrón en colosal montaña.

Sin embargo, sí creo que se ha adelantado mucho, pues aunque no lo digan y aunque se conserve mala voluntad, creo que se han convencido de que el acuerdo es imposible, y que aun suponiéndolo realizado no serviría de nada. ¿Pero cómo confesar que sólo la acción es eficaz? Eso conduciría a la conclusión inmediata de que ellos no pueden ser factores de primera importancia, cuando toda su actividad tiene por meta el adquirir importancia predominante.

¡Somos nosotros una verdadera calamidad! ¡Cómo no nos dejamos bailar con ese magnífico cordonsote que muy bien alcanza desde Nueva York hasta el mero centro de nuestra adolorida patria!

La situación verdadera es ésta: nadie quiere la propia acción, con una sola excepción. Todos tienen esperanzas de que de repente, de una manera imprevista, haya un cambio favorable. Todos se lamentan de que los demás no tengan patriotismo. El sueño que acariciaban, el ensueño de la “unión revolucionaria”, empieza a parecerles (de acuerdo con mi repelente juicio) una insensatez. Consecuencia: un desaliento inconfesado. Eso es lo que adivino en los demás.

Yo persisto en lo mismo de siempre: esa mula es mi macho.

Mis cariñosos saludos para todos los suyos

Felipe Ángeles

El convencionismo

OTRA VEZ OPTIMISTA

En el mes que separa a la carta anterior del general Felipe Ángeles, a la que sigue abajo, se observa un completo cambio en el ánimo del ex director del Colegio Militar. En esta segunda carta, Ángeles vuelve a aparecer como el insurgente incansable, dispuesto a una aventura sin medir los obstáculos, y creyendo que todas las ventajas serán conseguidas, según su expresión *a posteriori*, es decir, cuando el movimiento formal hubiera sido ya iniciado.

Optimista en extremo, Ángeles escribió esta carta a don José María, dedicando el mayor espacio a criticar al licenciado Francisco Javier Gaxiola, entonces secretario particular de ex gobernador de Sonora.

Marzo 21 de 1917

New York

Señor General Don José Ma. Maytorena
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Recibí con mucho gusto su carta del 13 y con ella las noticias relativas al Gral. [Manuel] Chao, al Lic. [Francisco] Escudero y al cambio de casa.

¡Qué mal traslada al papel, en carta dirigida a un amigo, su secretario!

Usted es para mí un amigo que me ha mostrado sin reserva su completa manera de sentir y pensar respecto a los asuntos de nuestra patria.

En el tiempo que estuvo Ud. aquí (la última vez) platicamos mil veces sobre el mismo asunto. Así es que podría apostar mi vida contra un centavo que no son de Ud. los principales pensamientos de su carta, a saber: “¡Realmente, no tenemos remedio! Y más si nos dejamos bailar con el cordoncito que Ud. dice”. “¡Que Dios salve a la Patria!”

Usted y yo hemos platicado especial y largamente sobre esos dos puntos y sé cómo piensa Ud. sobre el particular. En el primero, hemos estado siempre de acuerdo. ¿Quién no lo aceptaría? Respecto al segundo, estamos un poco en desacuerdo.

Pero su secretario pone su alma en esos dos puntos, sin saber exactamente lo que significa el primero y sin saber lo que Ud. y yo pensamos de ambos.

Su secretario seguramente no se casaría con una muchacha, sólo porque sus amigos se lo aconsejaran, sin temer ser motejado de díscolo. Mucho menos iría a combatir por una causa que juzgara insensata, aunque sus amigos quisieran,

sin considerarse, por eso, poco patriota. Su secretario no sabe que yo estaba y estoy dispuesto a casarme con la muchacha que me gusta y que si no me he casado ha sido sólo porque mis amigos me dijeron que yo no tenía derecho a hacerlo.

Ellos dijeron que en vez de mi casamiento, ellos unidos iban a hacer una cosa maravillosa; les auguré que no harían nada, pero tuve la condescendencia de suspender mi matrimonio. Y la cosa maravillosa que hicieron no fue, en resumen, más que buscarme una novia para que me casara con ella. Cuando yo les respondí: “Cásense Uds. con ella”, se enojaron, pusieron el grito en el cielo; dijeron que era yo ambicioso, mal amigo, que ellos no podían casarse porque en esta vida no todos sirven para lo mismo, que unos sirven para conseguir, por falta de virilidad y otros para obrar.

Toda esa historia las sabe Ud. tan bien como yo. ¿Cómo, entonces, podría yo creer que su secretario interpreta tan bien su pensamiento cuando dice: “Realmente no tenemos remedio; y más si no nos dejamos bailar”?

Mucho más le podría decir a Ud. sobre el asunto; pero ¿para qué, si de sobra sé que Ud. y yo estuvimos sobre ese asunto enteramente de acuerdo?

Su secretario, que seguramente es inteligente, incurre de la mejor buena fe del mundo, en el mismo error que incurrieron los amigos que hace poco estuvieron en N. Y. Éstos probablemente ya se convencieron de que yo tenía completa razón, aunque alguno de ellos nunca lo dirá. Algunos de ellos ya lo confiesan francamente, y su secretario convendría también, si estuviera un poco más al tanto de lo ocurrido.

Si así fuera, su secretario y algunos otros de nuestros amigos dirían: “es una vergüenza que tengamos que exclamar: ¡Dios salve a la Patria!”.

El principal error actual de su secretario consiste en asignar una importancia que no tiene a un grupo de personas en el cual estamos Ud. y yo.

Yo estoy seguro que dentro de poco tiempo todo el mundo me dará la razón. Usted y yo sólo diferimos (tal vez ya no), en que Ud. requiere para obrar, dos condiciones: disimulo... y dinero. Yo he sostenido desde el principio que esas dos cosas no pueden venir *a priori*, sino *a posteriori*. Y estoy seguro de que si aún no me da Ud. la razón, me la dará dentro de muy poco.

Mi teoría es muy sencilla, la conoce Ud. muy bien. Si un movimiento es necesario, debe ser por una necesidad nacional. Para que tenga éxito debe uno ir a luchar por esa necesidad; la real, no la que nuestros amigos digan.

Sería muy bueno satisfacer los requisitos que Ud. pone, pero puesto que esos no pueden venir, sino *a posteriori*, debe uno prescindir de ellos.

Para empezar, lo que se necesita es energía personal y atinarle a lo que realmente necesita la patria.

El convencionismo

Y el que no sirva, que no estorbe. ¿Que es una temeridad obrar así? Sí, la es. Fue una temeridad el grito de Independencia, y es una temeridad emprender todo lo grande y todo lo desinteresado.

Si fracasa uno, por lo pronto todo el mundo dice: fue una estupidez. Si se tiene éxito, se ponen de acuerdo todos los amigos que al principio no podían ponerse de acuerdo por nonadas, o más bien, porque era ilógico ponerse de acuerdo *a priori*.

Me dirá Ud. “todo eso ya me lo ha dicho Ud. infinidad de veces”. Es cierto, pero no lo digo para Ud., sino para su secretario, que me presumo en nuestro buen amigo el Sr. Lic. Gaxiola.

Salúdelo con afecto; presente mis homenajes a la familia y reciba para sí un estrecho abrazo de su amigo.

Felipe Ángeles

ÁNGELES RESUELVE CRUZAR LA FRONTERA

Desde principios de marzo de 1917, el ex director del Colegio Militar resolvió regresar a México para ponerse al frente de un grupo revolucionario.

En la carta que sigue, el general Ángeles aparece dispuesto a luchar con todos los obstáculos. Claramente se ve los enormes descos que tenía de lanzarse al campo de batalla.

Marzo 28 de 1917

New York

Señor General Don José Ma. Maytorena

502 S. Harvard Blvd.

Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Acabo de recibir su carta del 21 que me apresuro a contestar. Tiene esa carta las mismas ideas de la anterior y yo persisto en creer que no interpreta su sentir, que conozco bien después de tantas pláticas que aquí tuvimos.

No creo que realmente exista discordia entre los elementos revolucionarios, sino sólo desacuerdo; pero éste no tiene trascendencia ninguna. Por ejemplo, existe desacuerdo entre Ud. y yo sobre los requisitos que Ud. juzga indispensables para la acción: disimulo y dinero. Yo creo que podrá haber declaración

sobre lo primero y lo segundo no puede venir sino hasta después que se haga algo. Pero no por esa discrepancia de opiniones hay discordia, sino muy buena amistad.

Entre Díaz Lombardo y yo existe el siguiente desacuerdo: piensa él que el grupo nuestro en E. U. tiene mucha importancia y que, poniéndonos de acuerdo, formaremos un partido que nos allegaría los dos requisitos que Ud. juzga indispensables. Este es también seguramente el criterio del Sr. Lic. Gaxiola. Y era también el criterio de casi todos nuestros amigos. Yo pienso que cualquiera que sea el valimiento del grupo, es muy pequeño comparado con las necesidades de la nación, y que más vale que uno de nosotros vaya a pelear por esas necesidades, a que nos pongamos de acuerdo en ir a luchar por otras necesidades que las de la nación. Además, predije que, poniéndonos de acuerdo, no por eso se conseguirían los dos requisitos anhelados. Y que no hay más que un solo modo de obrar, que no detallo porque lo conoce Ud. bien. Usted objeta que mi medio es aventuradísimo. Yo convengo; pero digo: puesto que no hay otro, hay que resignarme y aceptarlo.

Como el Lic. Gaxiola no ha tenido la experiencia de los otros amigos de Díaz Lombardo, todavía le da la razón a éste. Llorente me la da a mí. De cualquier modo, a mí me parece que ese desacuerdo no vale nada.

Lo único de importancia es que nos falta energía e ímpetu. Puesto que yo tengo entre ceja y ceja, la misma persistente idea, soy consecuente con ella.

Respecto al primer requisito de Ud., hay algo importante que no le puedo decir. Respecto a lo segundo, hasta ahora no hay más que un signo: ?

Conociendo como conoce Ud. mis ideas, comprenderá que aplaudo el entusiasmo de Chao. Vale más eso que el anhelado acuerdo con nosotros. Lo que yo deseo es que sus aspiraciones estén de acuerdo con el anhelo nacional. Yo le aseguro al Lic. Gaxiola que lo que ha de pasar en México pasará aunque nos muramos los hombres importantes que estamos en E. U., porque en comparación con la importancia de las necesidades nacionales, nuestra importancia es casi nula.

Lo que le dice a Ud. la persona que estuvo últimamente aquí, respecto a la última palabra que se dirá dentro de poco, no puede ser exacto. Es una imposibilidad política para mí el que se diga esa última palabra. Hay en realidad algo importante que no puedo decirle, pero nunca será lo que dicen a Ud. porque eso es sencillamente imposible.

Aquí entre nuestros amigos que no tienen muerta el alma, hay la creencia de que yo tenía razón desde el principio y de que nada sirve contar con los que aconsejan. Por esa vía ¿a dónde iremos? Todo depende de la energía que tengamos. Me ha entrado últimamente la convicción de que los que quieren

El convencionismo

imposibles, aunque sus ideas tengan mucha sensatez, en realidad empiezan a resignarse con la consolidación de nuestro amigo el Sr. Carranza.

Con mis homenajes para la familia y mis saludos para el Lic. Gaxiola, reciba un cariñoso abrazo de su amigo.

Felipe Ángeles

LAS AMBICIONES DE VÁZQUEZ GÓMEZ

En la siguiente carta, el general Ángeles habla sobre las ambiciones presidenciales que él considera tenía el doctor Francisco Vázquez Gómez. Dice la carta:

Abril 10, de 1917

New York

Señor General Don José Ma. Maytorena

Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Recibí su carta del 31 de marzo. Esa sí es de Ud. Pude no haber contestado como lo hice sus dos anteriores, no dando importancia al modo de sentir de su secretario; pero como es necesario combatir esas ideas, sobre todo cuando las expresan los amigos, creí necesario hacerlo, aun a riesgo de lastimar a Ud. Aunque en realidad no creí que se lastimaría siendo un hombre todo corazón, grandeza y bondad.

[Abraham] Luján y el Dr. Barrios se empeñan en que conferencie yo con el Dr. Vázquez Gómez; pero éste se mostró primero frío haciéndome una invitación como de compromiso, y cuando yo le contesté diciéndole brutalmente mi impresión, me escribió una carta mejor, pero desde la altura de una primera jefatura.

Dice (como nuestros amigos) que ha hecho circular profusamente su programa y que espera congregar a todo el mundo bajo su bandera. Le contesté lo mismo que a nuestros amigos: que sufriría pronto un desengaño y que yo estaba dispuesto a colaborar en algo sensato, en beneficio real de México, aunque se apartara un poco de ensueños utópicos.

Luján me dijo que tardó tanto en ver a Ud. cuando gestionaba su unión con el doctor, porque tuvo conocimiento de una de mis cartas, en la que hacía yo

José C. Valadés

alguna conjetura respecto a la actitud del Dr., que ahora voy confirmando por lo que me enseñan mis incipientes relaciones con el Dr.

La guerra entre E. U. y Alemania abre una nueva era de relaciones mexicanoamericanas.

Hasta ahora esas relaciones habían sido influenciadas por la debilidad del ejército americano y la bondad y buenas intenciones del presidente Wilson. Y en tal estado de cosas, la voluntad del presidente había predominado. Con motivo de la guerra americanoalemana, dentro de muy poco el ejército americano será fuerte y la voluntad del presidente ya no será predominante, y las semillas sembradas por Carranza con su grosería y megalomanía características, van a fructificar; y, tal vez, el presidente Wilson sea flexible y ceda al huracán de interés que en breve soplará contra nuestro país, de rico suelo.

Hasta ahora yo justifico al presidente Wilson, explicándome todas sus acciones respecto a México y espero que tenga la grandeza de renunciar a un tiempo de resonancia y aplauso mundial, pero netamente americano y egoísta, en su aspiración de obrar justamente en sus gestiones respecto a un pueblo exangüe y casi exánime.

Perdóneme mis brusquedades inherentes a mi naturaleza de sólo semicivilizado. Ud. conoce mi teoría acerca de quiénes llegan a ser civilizados, y sabe bien que yo soy civilizado sólo a través de una generación, gracias a las excelencias de nuestras instituciones democráticas, que me sacaron del *stock* indígena y me elevaron con el aliento de las escuelas.

Mis homenajes para su familia y un cariñoso abrazo para usted.

Felipe Ángeles

ANUNCIA SU REGRESO A SU RANCHO DE EL PASO

Después de haber mostrado en cartas anteriores un agitado estado de ánimo, al grado que parecía estar resuelto a cruzar inmediatamente la frontera mexicana para ponerse al frente de un grupo revolucionario, en la que sigue el general Ángeles parece más bien dispuesto a continuar su vida pacífica en los Estados Unidos, anunciando al señor Maytorena su pronto regreso al El Paso, para ponerse al frente de su rancho.

New York

Abril 18 de 1917

El convencionismo

Señor General Don José Ma. Maytorena
502 S. Harvard Blvd.
Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Su última carta revela el acuerdo perfecto de nuestras ideas, cuando dice Ud.: “Mis propósitos y anhelos pueden resumirse así: Ayudar con todos los medios a mi alcance, incluso el sacrificio personal, a todo aquello que tienda al bien de la Patria, siempre que se obedezca a un programa que corresponda cumplidamente a las aspiraciones y necesidades nacionales, y siempre que tal programa sea factible de llevarse al éxito, aun cuando sea por medio de una lucha cruenta”.

Esto, en el campo meramente abstracto, es un buen punto de partida. No hago razonamientos concretos a la situación, porque comprendo que ahora estamos de acuerdo absolutamente en todo.

Usted y yo notamos una tendencia en D. L. [Díaz Lombardo] respecto a la cual [el general Julián] Medina decía: “A los civiles les mueve los pies y a nosotros nos da de balazos”. Ha persistido en su idea y la ha puesto en acción, y con su tenacidad acostumbrada piensa hacerme colaborar. Usted comprende cuál será mi actitud.

Conté a Ud. Luján y el Dr. Barrios quisieron que el Dr. V. G. y yo colaboráramos; pero resultó que éste dice que él ha hecho un programa con el que va a unir a todos los revolucionarios, a hacer la paz y a salvar a la patria, y que todos lo que él quiere se reduce a que le dé uno su adhesión.

Yo le contesté que la misma idea tenían nuestros amigos, y como yo creía que era una alusión eso de unir a los revolucionarios por medio de un programa, no colaboré con mis amigos, ni podía colaborar con él, que me limitaría, como lo hice con mis amigos, a desearle un éxito muy sinceramente. Me contestó que realmente como yo no creía en la eficacia de su gestión, no podíamos colaborar.

Como siempre, corren muchos rumores que engendra el deseo. Pero en el fondo no hay más que hechos consumados, que conoce todo el mundo, y un malestar tremendo que viene de la crisis económica, del gobierno de una facción exclusivamente para provecho propio, de la ineptitud, de la brutalidad y de la falta de honradez de los administradores.

¿A dónde vamos?

A un cambio en México que provoque el hambre y la injusticia.

A una paz temporal que decidan el cansancio y la decepción.

O a una intervención.

Pienso permanecer aquí en N. Y. hasta el final de este mes y regresar enseguida a El Paso, porque es conveniente que esté yo con mi familia para reducir los gastos y para ver en qué trabajo.

Mis honores para su familia y un cariñoso abrazo para Usted.

Felipe Ángeles

CONCILIADOR CON CARRANZA

Que el general Felipe Ángeles se alejaba nuevamente día a día de la idea de lanzarse a una nueva aventura, es lo que se desprende de la carta que sigue.

En primer lugar, se muestra conciliador hacia el gobierno del presidente Carranza, del que era acérrimo enemigo, dando muestras de satisfacción por la carta que don José María Maytorena recibió de Carranza, en la que el presidente de México le daba el pésame por la muerte de su señora madre.

En segundo lugar, Ángeles no piensa más que en el trabajo. Primero, quería regresar a El Paso, pero en la carta que sigue anuncia que irá a Uniontown para trabajar en las minas como simple obrero.

Agosto 18 de 1917

New York

Señor General Don José Ma. Maytorena

Los Ángeles, Calif.

Querido y buen amigo:

Recibí hoy su grata del 10, con mucho gusto.

Me alegra mucho la noticia que me da Ud. de la carta de don Venustiano, porque cualquiera que sea el motivo que lo impulsó a escribirla, es reveladora de un estado de conciencia que, en caso necesario, Ud. puede tener en cuenta para emprender con energía el arreglo de los urgentes negocios que tiene en México, como las testamentarias, por ejemplo.

No he sabido nada de la muerte de mis hermanos directamente, por carta de alguno de mi familia, ni negando ni confirmando. La noticia fue dada por periódicos carrancistas que no tenían necesidad de inventarla. Yo creo que hay algo de cierto en la noticia, pero tal vez no se trata exactamente de hermanos míos, sino de otros parientes.

El convencionismo

Vuélvase filósofo y ármese de mucha energía. Mande al diablo el hábito de fumar; coma exactamente a horas fijas y procure que la comida no sea excesiva en cantidad ni de difícil digestión. Haga ejercicio y ocupe su inteligencia en alguna cosa, pues vivir no es otra cosa que trabajar con el cuerpo, con la inteligencia y con el corazón (diré hablando de las emociones del alma).

Yo por acá he buscado trabajo y no he podido encontrarlo. A fines de la semana entrante me iré para Uniontown, Pennsylvania, a una mina, donde están trabajando algunos mexicanos que me invitan a ir con ellos. ¿Podré resistir el trabajo? Ya estoy y me he pasado una vida en la que el ejercicio físico sólo lo he hecho por *sport*, y por muy poco tiempo. Pero en todo juega una gran parte de la voluntad. Con ella Ud. se curaría de seguro con ella puede que yo llegue a resistir el trabajo de minero.

Dentro de poco tiempo le daré mi nueva dirección y le contaré cómo me ha ido.

Mis saludos cariñosos para Ud. y toda la familia.

Felipe Ángeles

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 10 de mayo de 1931, año v, núm. 237, pp. 10-11.